

LIBROS EN LOS OJOS.

Memorias y palabras cristeras.¹

Jean Meyer (ed.) *Testimonio cristero. Memorias de Ezequiel Mendoza Barragán*, Jus, México 1991, 224 pp., fotogr.

Bien puede definirse la vocación del historiador como *la orientación vital de dar la palabra al pueblo*. Y descubrir dónde se encuentra esa palabra y darla a conocer a las generaciones nuevas es su tarea satisfactoria, gozosa, pero al mismo tiempo inquietante, pues esa *palabra del pueblo* rara vez es coincidente con las posturas oficialistas o glorificadoras de “héroes” que tienen estatuas cubiertas de una pátina de bronce.

Es conocida y apreciada la tarea de Jean Meyer en este campo. Su obra en tres volúmenes, *La cristiada*, es sin lugar a dudas un texto que tiene ya un lugar entre los clásicos. Nadie puede pretender hoy hacer un recorrido por las páginas escritas en la historia por el pueblo mexicano sin recurrir a él. Ahí hemos aprendido a encontrar las claves de comprensión del papel de los “vencidos” y de su victoria a largo plazo; ahí hemos podido entender que la dinámica de realización de los hechos históricos y sobre todo de sus interpretaciones, supera los límites de la política y entra de lleno al dinamismo de la vida interior del hombre, de las valoraciones sobre la existencia e implica la totalidad del ser humano con sus relaciones hacia sus semejantes y hacia lo Trascendente.

Hace poco, Jean Meyer ha presentado al público una narración fascinante, debida a la palabra de Ezequiel Mendoza Barragán, antiguo coronel cristero de la zona michoacana de Coalcomán. Experiencias de guerra y de paz, de lucha por un ideal definido y de posterior convivencia en condiciones de cierta tolerancia, se van entrelazando a lo largo de más de 400 páginas.

Llama la atención, en primer lugar, la lucidez con la que don Ezequiel analizó la situación en que se encontraba el país hacia 1926 y la decisión que tomó frente a ella. En el entretejido de sus motivaciones no hay huellas de política partidista o de “antirrevolución” y menos aún de irracional fanatismo azuzado por el “clero”, ese fantasma que todavía hoy es capaz de asustar a algunos políticos.

Un arraigado patriotismo, la clara comprensión de que el mundo y la sociedad están subordinados a un orden moral y religioso que no depende de las veleidades de los

¹ Publicada en: *Efemérides Mexicana*, 10/30 (septiembre-diciembre 2002), pp. 486s. Para esta página le he hecho algunos cambios mínimos.

sistemas de gobierno y la convicción de que el pueblo es el árbitro de las decisiones que le afectan, son los elementos que reiteradamente aparecen en la trama de la narración, llena de colorido y sin resabios de odio o resentimiento hacia los “enemigos.”

El corazón y el alma del pueblo mexicano de principios del siglo XX se expresa por medio del viejo coronel cristero. Si ve necesario tomar las armas y enfrentarse al gobierno es porque”—cito sus palabras--: [...] Se ha hecho bolchevique y se ha hecho masón-judío y por eso persigue a Cristo Rey y a la Virgen María de Guadalupe...se roba templos, conventos, curatos y casas particulares de la Santa Iglesia, mata sacerdotes y católicos...ultraja monjas y a más mujeres católicas porque rezan y va a misa, en fin, se han vuelto diablos con cara de hombres. Les hemos enviado cartas protestas y cartas súplicas y les hablamos de justicia, de Dios y por eso más se burlan de nosotros y piensan que les tenemos miedo y más se nos cargan encima...por eso ya no nos quedan más que quitarles las carabinas y darles con ellas entre la quijada y la oreja...”

La guerra sacó a la luz muchos males guardados y el sufrimiento de los humildes, de los pequeños y de los débiles se acrecentó. La bondad humana pareció irse lejos y quedar todo a merced de resentimientos, odios, rencores y violencias sin fin. La convivencia de Ezequiel Mendoza con sus soldados y con la gente de las aldeas y ranchos le fue dando a conocer lo peor y lo mejor de nuestro ser mexicano. Cuenta con sinnúmero de detalles la manera como las mujeres de los lugares a donde llegaban les preparaban de comer; tortillas y chile solamente muchas veces, pero con gran sentido de amistad y hospitalidad. Le duele exponer las envidias y rivalidades que se gestaban en su propia tropa a veces agobiada por el cansancio y en no pocas ocasiones acechada por el miedo y la amargura.

La gente dibujada por este *Testimonio cristero*, no obstante, sabía cantar, bailar, contar chistes y hacer bromas y, por encima de todo, sabía rezar.

Resulta agradable y hasta humorística la manera como el coronel, ya retirado de la brega, habla de la hospitalidad que dio en su humilde casa a algunos de sus amigos “federales”: “[...] Cenamos algo, nos tomamos un cafecito con alcohol y les dije: perdonen que nosotros no podemos acostarnos sin rezar. Ellos dijeron a una voz: sí, vamos rezando. Nos hincamos al pie de un altarcito que allí tenemos...; mi esposa guió el rosario, mis hijitas y yo respondíamos en alta voz. Nuestros visitantes hacían murmullo como que no sabían responder o como que rezaban en voz baja para no ser

oídos de otras gentes contrarias que se burlan del que hace oración a Dios y a sus santos y santas del cielo.”

El retrato de ese pueblo mexicano que, más allá de las motivaciones políticas y de los partidismos sabía cantar y bailar y sabía igualmente rezar, queda nítidamente expresado en las memorias del cristero que nos ha presentado Jean Meyer.

Nuestra historia necesita, para integrarse, recoger fragmentos que proceden de la íntima experiencia del pueblo, reflexionada y vivida con una intensidad y un brío que llaman la atención a muchos que se consideran poseedores de un “método científico” superior.

Nueva aportación a la ya abundante de Meyer es esta “palabra del pueblo” a la que me he referido invitando a la lectura, consideración y juicio.

Manuel Olimón Nolasco.

(21 de junio de 2013).



olimon.org

manuel olimón nolasco

historiador

